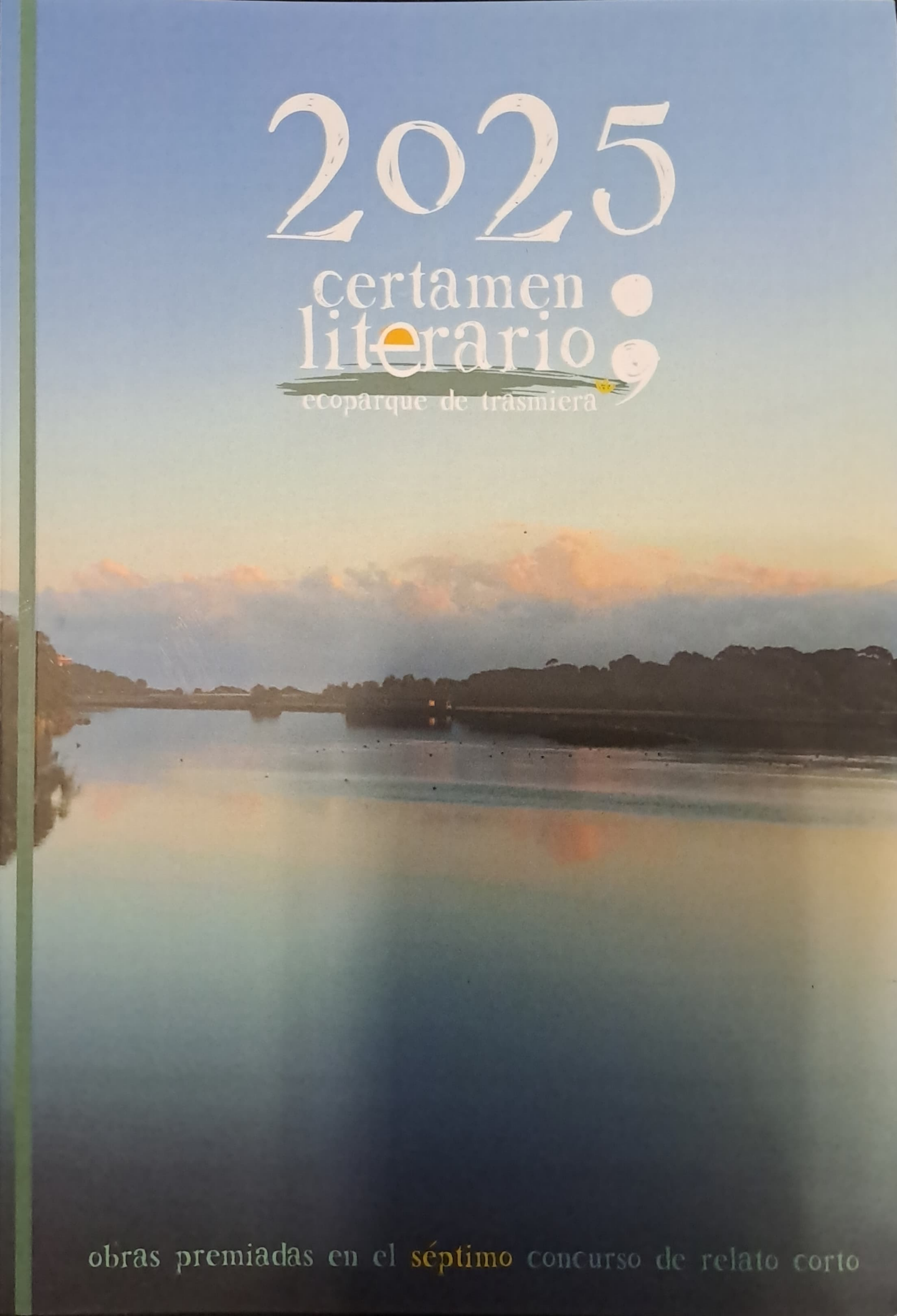




2025

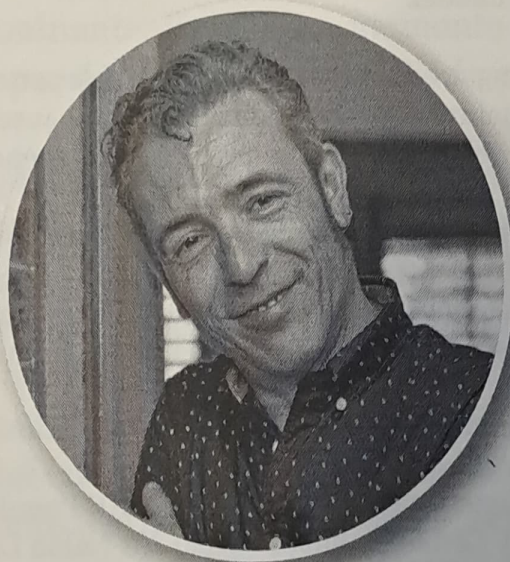
certamen
literario

ecoparque de trasmiera

obras premiadas en el séptimo concurso de relato corto

Los días de tormenta

TERCER PREMIO
VII CONCURSO DE RELATO CORTO
ECOPARQUE DE TRASMIERA



Ricardo Pérez Hernández

Ricardo Pérez Hernández

Profesor de Lengua y Literatura (funcionario de carrera). Dejó de escribir en 2008. Ha vuelto a hacerlo en 2024. Buralés ausente en Castilla-La Mancha, cosecha del 75. Le gustan los puntos suspensivos y las yuxtapuestas.

2º premio Certamen Escribir sobre el Paisaje- Real Academia de San Quirce (2024).

Premio de Relato Jóvenes Artistas de Castilla-La Mancha (2008)

XVII Premio de Poesía Joven Fiesta de las Letras Ciudad de Tomelloso (2005).

3º premio poesía XXIV Concurso Literario Creación Joven Ayuntamiento de Albacete (2005).

Finalista en numerosos concursos como: XXII Premio de Cuentos Ciudad de Elda (2005). Certamen Internacional Art Nalón Letras 2006 y 2007. Premio Poesía Jesús Serra (Fundación Occident 2025)

Publicaciones:

Revista Barcarola nº71/72 (Albacete, 2008).

Poemas en el Canal (Ediciones Tres Fronteras, Murcia, 2008).

El silencio del elefante (relatos, poemas, prosas poéticas). (Albacete, 2007).

Histerias breves, antología de relatos (Ed. El problema de Yorick, Albacete, 2006).

Relatos (antología, Biblioteca Pública de Albacete, 2005)

DECÍA que los días de tormenta huelen a higo y canela. Que el viento del norte tiene forma de peine desdentado y logra colarse por los resquicios de los árboles entre las ramas que pronto, a finales de septiembre, comenzarán a desvestirse. Decía también que algunas veces lo ve caer al suelo resbalando las puntas de las hojas y, otras, precipitarse lentamente espolvoreado como harina tamizada, brillante si los rayos del sol de mediodía logran hacer cuña en las rendijas de las nubes peor dispuestas. Sentía entonces la cercanía de las primeras gotas, escuchaba la presión de las moléculas condensándose con un crujido leve parecido al de guijarros estremecidos a los pies del caminante. Era en ese momento cuando el aire cambiaba cian por añil, agitado y removido por vencejos en desbandada.

Puede ser que la lluvia no entienda de relojes o que haya cambiado su paso la aguja del minuterio, puede ser que los minutos tropiecen o que no sepan las horas de usos y costumbres. Quizá por todo esto, tal vez por otras cosas reposadas a la sombra, los bordes del camino se tapaban la cara con maleza reseca tratando de ocultar, sin conseguirlo, arrugas profundas en su piel cuarteada. Pero ya llegan las primeras gotas. Lo nota en los brazos erizados y en el centelleo trémulo que se aproxima. Entonces se queda quieto, entorna los ojos y aguza el oído. Extiende las manos como queriendo abarcar de un extremo a otro el horizonte, humedece los labios y a esa humedad se adhiere el olor a higo y canela.

Y quien pasara a su lado nada haría, ni movimientos pre-visibles ni sonido alguno. Quien a su lado pasara esponjaría los pasos y contendría el aliento. Para no pestañear retendría los párpados y frenaría el ánimo sujetando en lo posible el eco

prescindible del latido inevitable porque el viento del norte, ese peine desdentado, podría colarse en los huecos del rumor para soplar desde dentro como sopla, magistral, un artesano su vidrio. Podría agrandarlo y convertirlo en murmullo y jugar después con los murmullos huecos como juega un niño con un globo recién hinchado. El viento del norte cogería entonces ese globo cristalino y ascendería en espiral comenzando un carraspeo ronco porque los truenos nacen cuando tose el viento del norte, también una tarde de agosto como esta.

Decía que lo escuchaba respirar atragantado, que la espalda temblorosa resonaba en las yemas de sus dedos extendidos y difuminaba la línea del horizonte. Sorprendidas por el vaivén, las briznas secas se desplomaban con el talle roto a lo largo del camino y parecían fichas de dominó consecutivas. Privada del velo quedaba expuesta la edad de la tierra y no tenía con qué cubrir su sonrojo cuando cayeron también las últimas flores del tilo. El sobresalto del aire calló jilgueros y gorriones que escaparon batiendo alas, resoplando los bordes de todos los caminos.

Era sencillo apreciar el polvo sedimentado sobre las plumas de cientos de pájaros, unos junto a otros, unos sobre otros desde el suelo hasta las primeras nubes, aferrándose a ellas todos al tiempo con picos y patas, precipitando oscuros jirones desgarrados. Era sencillo ver los jirones caer, verlos planear mezclados con el plumaje desprendido tejiendo un visillo gris cada vez más prieto y oscuro. Sobrecargadas y exhaustas se desmoronaban las nubes y provocaban chipas tan intensas que todo lo visible explotó por un instante con fogonazos densos que tajaron a mitad dos castaños centenarios. Dejaron esparcido a sus pies el sudor de mil labriegos y descorazonado el secreto de no pocos amantes.

Decía que le punzaban el pecho y atoraban su garganta las esquinas ásperas de las palabras yermas. Las expulsó de un

tosido y soltaron los pájaros sus patas de las nubes ardientes. También el viento del norte tosió rugidos en tromba que resbalaron veloces empapando los jirones desgarrados. Cubrió un surco cada jirón caído y en unos minutos apenas quedaron arrugas que avergonzasen a la tierra o al camino.

No es posible decir que ella no lo vio desde lejos, ni negar que se detuvo a su lado con los labios secos. Llevaba en la mano un paraguas y junto al corazón, en la otra, el deseo de alejarlo de la lluvia y atemperar las voces del viento. Después de acercar el paraguas, mulló su cabeza de trigo sobre el pecho que latía desbocado. Al sentirla junto a sí, abrió lentamente los ojos y la estrechó entre sus brazos. Se llenaron sus pulmones de jazmín y de manzana mientras ella extinguía el último rescoldo sofocándolo al cubrirlo con silencio. Un petirrojo se posó en una rama cercana, sacudió las plumas y cayó la gota más pequeña sobre un tallo de genista, desprendiendo a su paso el único pétalo amarillo, inusitado superviviente a destiempo. Él sujetó el paraguas, le puso la mano en el hombro y ella le envolvió la cintura. Con la otra mano contrajo el vuelo del vestido contra el que el viento del norte suspiraba su derrota.

—Quizá los vencejos, María —dijo él—. ¿Han sido los vencejos esta vez?

—Esta vez no, Manuel. La vecina te vio salir de casa y en el bar me dijeron que caminaste hacia el puente viejo.

—La gente mira demasiado hacia fuera. Están tan distraídos. Pero tú y yo sabemos que allí solo hay reflejos, ¿verdad, María?

—¿Te hablaron esta mañana? —preguntó ella—. Las nubes y el viento, digo.

—Pero ha sido culpa mía —se disculpó él.

—No puedes hacerlo, cariño, no puedes dejar de hacerlo. Prométemelo, prométeme que vas a seguir.

—Las has buscado en el cajón, ¿no?

—Las he contado, Manuel, y sobran las de varios días. Cinco días por lo menos, mi amor. ¿Me lo prometes? ¿Ahora cuando lleguemos a casa?

—Lo prometo, cuando lleguemos a casa.

Caminan abrazados sin prisa y sus pasos dejan huella sobre la tierra. Una huella leve que el agua de lluvia diluirá pronto. Así, abrazados, la tormenta es solo por fuera. Llueve por fuera, sopla el viento por fuera, y nada de esto tiene algo que ver con ellos, ajenos al mundo como las tórtolas que se arrullan y extienden sus alas para abarcarse o búhos fuera de hora, mirándose de día con ojos tan solo el uno para el otro. Ella abriga con su silencio el frío que la lluvia le ha metido dentro, o quizá estuviera allí desde hace días a pesar de las tardes de agosto, escondido entre rastros como el nido de perdiz que sobrevive a la siega. El agua baila sobre el río cuando cruzan el puente viejo y chapotea en el suelo cuando cruzan la plaza, el agua salta sobre el suelo y un grupo de niños le siguen el juego. Cantan con voz de abuela canciones resguardadas del paso del tiempo. Allí en el pueblo los niños visten de memoria el recuerdo de sus mayores. Que llueva, que llueva, los pajaritos cantan y saltan sobre los charcos, aunque las nubes no se levantan. Los niños corren y le llaman por su nombre.

—Manuel, Manuel, cuéntenos un cuento —pide una niña con camiseta blanca.

—Sí, Manuel, el de la Anjana y el pastor —insiste un niño con las rodillas manchadas.

—Mira, Manuel, tengo canicas nuevas. Me las ha traído mi abuelo. Y también una peonza —sonríe un tercero mientras muestra sus tesoros.

—Pues yo tengo un juego nuevo para la consola —presume sin efecto el hijo del matrimonio que viene de la ciudad en vacaciones.

Manuel sonríe, les alborota el pelo, coge una canica tornasolada y se detiene en sus brillos. Se para en uno de los puestos de la plaza, ya preparada para la fiesta, y pide dos cucuruchos de garrapiñadas y cuatro de pipas. Da un cucurucho a María y ofrece el resto.

—¿Me lo cambias por la canica? —pregunta Manuel.

—Anda, claro —responde el niño.

—Y lo compartes con ellos, ¿verdad?

—Lo compartiremos todos.

Manuel se ríe, como el jugador tramposo que ganó la partida sacando un as de la manga sin ser descubierto, y pregunta a María.

—¿Crees que hago bien engañándolos?

—No sé si te entiendo, Manuel.

—Siento que acabo de hacerles trampas, acabo de robarles prácticamente.

—¿La canica? Les has comprado pipas y garrapiñadas.

—No, la canica no. Las risas, el alboroto, los ojos brillantes. Esa parte de su memoria donde acabo de esconder un recuerdo de infancia y de verano. Acabo de hacerles trampas, me he metido en sus cabezas, quién sabe para cuánto tiempo.

Ha parado de llover y los feriantes respiran aliviados. Las atracciones darán vueltas, habrá luces de colores, sonará la música en los coches de choque y tocará la orquesta. Un poco antes, una niña y un silencio juegan a vestirse de cielo y se prueban un disfraz de nubes grises. La niña enredada en su silencio desmadeja ráfagas de aire y guarda en el bolsillo el brillo de un relámpago reciente. Anuda los sonidos de la calle y sus ojos chapotean en la acera. No tiene excusa que esconda el retraso ni forma de explicar su voz de lluvia: piensa que nunca creerían en casa que ha besado a una tormenta. Lina llega corriendo a casa, prometió hacerlo más pronto, y llama a la puerta preocupada porque ya debiera haber puesto la

mesa. No hay respuesta. Lleva en el cuello la llave atada a un cordón de cuero. Entra y se descalza, corre a la habitación para quitarse la ropa mojada, se viste y corre a la cocina, deja la ropa en la lavadora y también rápidamente prepara la mesa. Sale a la puerta, su pelo se secará al sol sentada en el poyo. Al fondo de la calle se ve la plaza, al fondo de la calle reconoce a sus padres que caminan cogidos de la mano. En las otras, un paraguas cerrado, almendras, azúcar, infancia. Corre hacia ellos.

—Ya he puesto la mesa, mamá —adelanta Lina—. Pero papá, si estás caladito... Yo también me he mojado, pero dejé la ropa en la lavadora —sonríe responsable y satisfecha.

—¿Te cogió la lluvia? —pregunta Manuel.

—En la plaza, jugando. ¿Y a ti?

—A mí me cogió por el camino.

—¿Mamá te llevó un paraguas? Dame, mamá, yo lo cojo.

—Y te trae garrapiñadas, para después de comer.

—Las nubes estaban tan grises como mi camiseta y había un montón de relámpagos. Los viste, ¿verdad?

—Los vi. Y a los vencejos bajo el viento del norte.

—¡Ese peine desdentado!

—Ese peine desdentado, hija.

—¿Te acuerdas, papá, de lo que me decías de las nubes y la lluvia cuando era pequeña?

—Que lloran porque se han dado un coscorrón.

—Hoy gritaban bien fuerte con tanto trueno.

—¿Entendiste qué decían?

—Que llegaba tarde a casa, así que vine corriendo. Me pareció que me reñían.

María pide a Lina que corte el pan y saque la jarra de agua de la nevera. Le pide también que lleve la fuente de ensaladilla y la de filetes con pimientos. Después, va tras Manuel al dormitorio con un vaso de agua. Ya se ha quitado la ropa mo-

jada y está a punto de entrar en la ducha. María abre el cajón y coge dos comprimidos.

—Me lo prometiste.

—Con ellas todo se calla, María. No puedo escuchar la tierra, el aire no sabe a nada y no veo más que las cosas que tengo delante. Todo se aplana y...

—Me lo prometiste —interrumpe María.

—Sí, lo he prometido.

Manuel pone las pastillas en su boca y bebe del vaso que le da María. Antes de meterse en la ducha, ella coge su cara entre las manos, sonrío y le besa. Le esperará en la mesa que Lina ha terminado de preparar. Ahora está recostada en el sofá con un libro de Enid Blyton apoyado en el regazo.

—Mamá, tenemos que tener un perro. Uno como Tim para que me acompañe siempre a todas partes. Grande y de pelo marrón. Tiene que ser marrón, mamá.

—¿Has sacado otro libro de la biblioteca?

—Bueno, no exactamente...

—¡Lina! ¡Otra vez!

—Pero luego los devuelvo mamá —protesta Lina.

—No puedes robar libros de la biblioteca.

—Técnicamente no es un robo. Es un préstamo silencioso, una sustracción temporal discreta que tiene numerosísimas ventajas: la bibliotecaria no tiene que hacer nada, yo no tengo que hacer nada, no hay plazo de devolución. Y luego lo dejaré en su sitio y...

—¡Lina!

—Nadie lee estos libros desde hace años, mamá. Lo he comprobado en la ficha de préstamos. Estos libros ya no se llevan, mamá. No perjudico a nadie. De hecho, creo que estoy haciendo una buena obra. Se olvidarán estas historias si nadie las lee. ¿Y si les pasa a *Los Cinco* lo mismo que a la Emperatriz Infantil? ¿Eh? ¿Y si empiezan a desaparecer como Fanta-

sía porque no los lee nadie? ¡Puedo estar salvando todo un mundo de aventuras, mamá!

—¿Y es necesario robarlos? —insiste María.

—Que no los robo...

—¿Es necesario realmente?

—Bueno, igual no es necesario. ¡Pero sí más emocionante!

Y sale de un salto del sofá, se aleja unos pasos con cara de victoria, levanta el libro extendiendo el brazo cuanto puede.

—Como no los lee nadie, los han puesto en la estantería más alta, mamá, así que resulta una gran complicación porque tengo que estirarme mucho sin que me vean. A veces te ven cogerlo y hay que poner en marcha el plan be, hay que coger otros dos o tres, hacer que los ojeas y, en un descuido, meter uno en la mochila y devolver el resto a su lugar.

—Te van a pillar cualquier día y nos meterás en un jaleo —advierte María.

—¡Imposible, del todo imposible ser detectada! Tengo la misión perfectamente diseñada, prevista, programada, pausada, pensada, entrenada. ¿Sabes qué hago luego? Pregunto por cualquier libro de moda, esos de romance y fantasía que siempre suelen estar prestados. Porque entonces la bibliotecaria tiene que consultar en el ordenador o levantarse al carro de las devoluciones. Y ahí yo tengo la ventaja de mostrarme calmada y actuar con naturalidad, como si nada, para que nadie sospeche, hasta que me confirma que estarán ocupados dos o tres semanas.

—Y qué con eso, ¿no puedes llevártelos!

—Al contrario, mamá, puedo hacerlo justo en ese momento. ¡Fue la misma bibliotecaria quien me dio la idea para el plan!

—¿Te ha dicho que puedes robar libros viejos?

—Jo, mamá, no te enteras de nada. Los libros de *Los Cinco* no tienen bandas electrónicas, no están protegidos. La primera

vez que saqué prestado uno, no lo pasó por la máquina y no pitó al salir. Lo revisé perfectamente en casa y nada, no tenía la pegatina que tienen los demás libros.

—Y como no tiene pegatina, puedes robarlos.

—Que no los robo... Si lo piensas bien, es como una misión de rescate, en plan que sobrevivan los libros interesantes que nadie lee.

—Pero ¿cómo sabes tú que no los lee nadie?

—¿En serio, mamá? Que no tienen banda magnética, que no están en el ordenador, que el registro de lectura se hace escribiendo las fechas en la ficha que llevan los libros. Mira, como esta...

—Me da lo mismo. Esta misma tarde vamos a la biblioteca y lo devuelves y te disculpas.

—Pues no va a poder ser —replica irónica y satisfecha Lina.

—¿Cómo que no va a poder ser?

—Como que es fiesta...

—Pues mañana sin falta.

—Mañana también es fiesta, mamá...

—Pues entonces... Mira, como me sigas contestando te dejo castigada hasta que vuelvas de la universidad. No hasta que vayas, hasta que vuelvas. Te he dicho que no se roban los libros y punto.

Manuel entra en el salón y Lina corre hacia él, lo abraza mimosa y, como hiciera su madre en medio de la tormenta, también mulle la cabeza en el pecho de su padre.

—Tu hija ha vuelto a robar libros de la biblioteca —acusa María.

—Vaya, libros robados, un asunto serio. A ver, explícame qué ha pasado.

—Qué ha pasado o cómo lo he hecho.

—Qué ha pasado primero, porque mamá parece enfadada. ¿No le habrás contestado mal?

—Papá, esto no es lo que parece —afirma Lina con toda solemnidad—. No es un robo, es una sustracción temporal discreta con intención de devolución. Pero mamá se ha empeñado en prohibirme salvar el mundo de *Los Cinco*, que me parece a mí que puede estar a punto de desaparecer.

—Como Fantasía y la Emperatriz Infantil —matiza Manuel.

—Sí, eso, tú anímala —replica María.

—Y, papá, necesitamos un perro. Necesitamos un perro grande de pelo marrón que me acompañe siempre.

—Como Tim, claro —acierta Manuel.

—Exacto, papá, como Tim.

—Nada de perro. Ni grande, ni mediano, ni pequeño —sentencia María.

—Ya has oído a mamá, no hay más que decir al respecto. Venga, vamos a comer y me cuentas cómo has sacado el libro de la biblioteca. Pero mañana, sin falta, a devolverlo.

—Que mañana es fiesta...

—Bueno, pues en cuanto se pueda. Y a disculparse. Así que ya puedes leerlo deprisa —decide Manuel mientras guiña un ojo cómplice a su hija a escondidas de María.

—Y friegas los platos toda la semana.

—Pero mamá...

—Y friegas los platos como ha dicho mamá.

—Pero en el lavavajillas, ¿no?

—Vale, en el lavavajillas y puesta cada cosa seca en su sitio. ¿De acuerdo?

—Sí, papá, de acuerdo —acata Lina a regañadientes.

Después de comer, Lina comienza a cumplir su castigo y María y Manuel escapan juntos del calor, de los minutos laxos de verano y la somnolencia dispuestos a abandonarse completamente a ella.

—Eres demasiado permisivo con la niña —reprocha levemente María mientras se tumban en la cama.

—Es que en parte estoy de acuerdo con ella.

—¿En robar libros de la biblioteca?

—No los roba, María, no es un robo si luego los devuelve.

—Ah, vale, pues resuelto, dejemos que haga lo que le venga en gana.

—No es eso, mi amor, no es eso. Es que cuando la oigo hablar, cómo se expresa y el vocabulario que usa, no puedo evitar pensar que los medios puedan estar justificados, al menos parcialmente, si ese es el fin. ¡Y la estrategia! Has visto cómo ha defendido su estrategia. Necesita planificación...

—Planificar un robo, ¿defiendes planificar un robo? —interrumpe María.

—Defiendo el pensamiento, la anticipación, la evaluación del riesgo, la atención a los detalles... Hay pensamiento complejo en lo que ha hecho Lina.

—Para robar libros de la biblioteca.

—Sí, para coger libros de la biblioteca —concede Manuel desistiendo así de que María pueda acercarse a su forma de ver el asunto.

—Algo que no está bien.

—Efectivamente, no está bien —concede de nuevo—, y por eso la hemos castigado.

—¡La he castigado! —replica María.

—Cierto, la has castigado.

Lina se recuesta en el sofá con un libro sobre el regazo y otro a su lado mientras come algunas garrapiñadas. *Los Cinco y el tesoro de la isla*, junto al mar, en el cerro del contrabandista, de camping, en las rocas del diablo. No se trata tan solo de los enigmas y la aventura, de los misterios por resolver y la emoción del riesgo. Se trata de los paisajes. A Lina le gusta recorrer con los protagonistas los acantilados escarpados, bordear el mar embravecido, adentrarse en la espesura de los bosques... Lina mete la mano en el bolsillo del pantalón corto y

la saca cerrada. Cuidadosa, la acerca a los ojos. Guiña uno y con el otro mira dentro de su puño. Allí sigue el brillo, el pequeño resplandor, la parte del relámpago que consiguió resguardar de la tormenta.

—Voy a dejarte salir, para que te cargues de sol. Igual esta noche vienes de nuevo disfrazado de luciérnaga. ¿Vas a venir a verme esta noche?

Lina abre la mano y sopla levemente. Quien pudiera fijarse en su cara en este momento, vería que el brillo ha hecho nido en sus ojos.

* * *